

ECUADOR: ¿QUÉ SIGNIFICA EL TRIUNFO DE GUILLERMO LASSO?

Fernando Bustamante Ponce¹

fbustamante@flacso.edu.ec

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Ecuador

Pablo Medina Pérez²

mppablofl@flacso.edu.ec

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Ecuador

Este artículo indaga sobre la posible estructura de clivajes presente en las elecciones presidencial y legislativa realizadas en Ecuador en 2021. A partir de allí, describe las causas potenciales del triunfo electoral en segunda vuelta de Guillermo Lasso frente a un escenario muy poco favorable. Finalmente plantea los desafíos generales de orden político que tendrá que enfrentar el nuevo gobierno en el cuatrienio que comienza.

Palabras claves: Ecuador, elecciones, clivajes, balotaje, Lasso.

ECUADOR: WHAT DOES GUILLERMO LASSO'S VICTORY MEAN?

This article investigates the possible cleavage structure present in the presidential and legislative elections held in Ecuador in 2021. From there, it describes the possible causes of Guillermo Lasso's electoral triumph in the second round in the face of a very unfavorable scenario. Finally, it raises the general political challenges that the new government will have to face in the next four years.

Keywords: Ecuador, elections, cleavages, ballotage, Lasso.

¹ Licenciado en Sociología de la Universidad Católica de Chile, Diploma Superior en Planificación Urbana y Regional en el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES); Santiago-Chile; Magíster en Administración Pública en la Universidad de Harvard, Cambridge, Massachussets, EEUU. Ph.D. (c) en Ciencias Políticas, MIT, Cambridge, Massachussets, EEUU.

² Candidato a doctor en ciencia política por Flacso Ecuador y por la Universidad de Perpignan Vía Domitia (Francia), master en administración pública por la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica); magister en relaciones internacionales por la Universidad Andina Simón Bolívar (sede Ecuador) y licenciado en negocios e intercambios internacionales por la Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

Introducción

El día 11 de abril de 2021 se llevó a cabo la segunda vuelta de las elecciones Presidenciales ecuatorianas. La justa electoral enfrentaba a Andrés Arauz, representante de la “Unión por la Esperanza” (UNES), del ex Presidente Rafael Correa, y a Guillermo Lasso del partido de derecha “Creando Oportunidades” (CREO). El segundo de los nombrados resultó ganador con un 52,36% de los votos válidos, mientras que su adversario consiguió el 47,64% de las preferencias. En el mes de febrero se había realizado la primera vuelta de dichas elecciones, y, en ella, se había ya seleccionado la nueva Asamblea Nacional (legislatura) ecuatoriana, la que asumió sus funciones en mayo de 2021. En esa primera vuelta compitieron 16 candidatos, pero solo cuatro obtuvieron una votación significativa: Andrés Arauz con 32,72%, Guillermo Lasso con 19,74%, Yaku Pérez, candidato del partido indigenista “Pachakutik” quien logró un muy cercano tercer lugar con 19,39%, y el abanderado de la “Izquierda Democrática” (ID: partido de afiliación social-demócrata), Xavier Hervas, que alcanzó 15,68%. Las dos primeras mayorías relativas pasaron a la segunda ronda de los comicios. De esta manera la decisión final habría de darse entre el candidato auspiciado por el exiliado ex Presidente Correa, identificado con el *socialismo del siglo XXI* y un banquero que representaba a la derecha empresarial favorable a una economía de mercado.

De gran relevancia para las perspectivas de éxito de la Administración Lasso, es el hecho que su partido (CREO), solo obtuvo 12 de los 137 escaños del parlamento. Si a esos se suman los 18 que alcanzó su entonces aliado, el Partido Social Cristiano (PSC), la derecha política no alcanzó sino 30 del total de curules, equivalentes al 22% del cuerpo legislativo. El bloque más numeroso es el de UNES con 49 asambleístas, seguido por Pachakutik con 27, por el PSC, con la cifra ya indicada y la Izquierda Democrática con 18. Esto revela, muy claramente, que el Presidente está lejos de contar con una mayoría parlamentaria y que—por fuerza— ha debido buscar alianzas con otras colectividades más allá de la derecha y que son —al menos en principio— ideológica y programáticamente opuestas al proyecto conservador de Guillermo Lasso. Esto impone estrictas limitaciones a su capacidad para llevar adelante su visión para el futuro del Ecuador.

En este artículo se explorarán tres tópicos concatenados: a) en primer término se describirán los actores del proceso electoral en primera y segunda vuelta, y se intentará una caracterización de los clivajes y alineamientos de las distintas fuerzas políticas en competencia, b) en segundo término se describirán dos posibles tipos de causas que, sometidas a un examen en estudios futuros, permitirían explicar el desenlace del mes de abril, sobre todo teniendo en cuenta que el eventual ganador a duras penas logró la votación necesaria para clasificar al *ballottage* y que el candidato de Rafael Correa partía con no menos de doce puntos de ventaja sobre su eventual adversario. Finalmente, c) se harán algunas consideraciones sobre los desafíos que enfrenta la nueva Administración, dada la composición de la Asamblea Nacional, y

la situación de contexto extremadamente difícil que el gobierno heredó al asumir el mando el día 24 de mayo de 2021.

Para lograr dar cuenta de estos tres elementos, este trabajo reposa en la amplia literatura sobre elecciones y clivajes que ha sido desarrollada en la ciencia política. La descripción de este caso particular, la elección presidencial del Ecuador en 2021 se realiza a partir de una narración basada en el análisis de información oficial, así como a partir de datos públicos, y aunque no pretende ser explicativa, espera contribuir a la formulación de hipótesis y futura investigación tanto sobre la composición de clivajes en sistemas de partidos políticos fragmentados en general y sobre el sistema ecuatoriano en particular, como sobre la formación de coaliciones y gobiernos de minoría en los sistemas presidenciales.

Clivajes y alineamientos electorales

Una primera cuestión relevante que se plantea hace relación con la naturaleza de lo que estaba en juego en la elección recién terminada. ¿Cuál era el conflicto o línea de fisura principal de esta confrontación? Desde 2006 en adelante la política ecuatoriana ha estado marcada por el enfrentamiento del ex Presidente Correa y de su movimiento (Movimiento Alianza Patria Activa i Soberana - Alianza País (AP)) hasta 2018, luego reencarnado como Unión por la Esperanza a raíz de la ruptura resultante del quiebre con su sucesor Lenin Moreno. De hecho, algunos autores (Freidenberg, 2011; Pachano, 2018) y en general, la opinión pública, asumieron que el correísmo y su *Revolución Ciudadana* habían liquidado el sistema de partidos previamente vigente, para dar lugar a una estructura de partido dominante en donde si bien la participación de los opositores era permitida, a estos no les era posible triunfar en elecciones nacionales en un régimen que en el mejor de los casos se trataba de una democracia iliberal o en el peor de un autoritarismo competitivo (Basabe-Serrano & Martínez, 2014; Levitsky & Way, 2010; Montúfar Mancheno, 2015; Pachano & García, 2015; Zakaria, 1997). En todo caso, desde las fechas indicadas la política ecuatoriana se había alineado en torno a la polarización entre correísmo y anti-correísmo. Mientras la presencia política del exmandatario fuera tan preponderante, todo el escenario estratégico de los actores parecería que quedaría dominado por su presencia *ausente*.

La elección de 2021 no parecía ser la excepción. Al menos, al principio de la campaña electoral, todo hacía presumir que, una vez más, el desenlace estaría marcado por la polarización del electorado entre dos opciones fuertemente antagónicas y mutuamente excluyentes. Esta polarización, que haría imposible cualquier *tercera vía* entre el putativo neo-liberalismo del candidato de la derecha y el socialismo del siglo XXI del correísmo, parecía destinada a perpetuarse nuevamente.

Sin embargo, los resultados de febrero depararon más de alguna sorpresa. La alta votación obtenida tanto por Pachakutik, como por la resucitada Izquierda Democrática³, podrían estar indicando el principio del fin de este alineamiento polarizado a dos bandas. Es necesario entonces interpretar el sentido y tendencia de esta *resurrección* de partidos que se pensaba como menores en el escenario electoral. Después de todo, tanto la ID como Pachakutik habían sido sujetos políticos de gran importancia en el sistema político anterior a la Constitución de 2008. De hecho, en 2021, Pachakutik obtiene su más alta votación histórica registrada⁴. En definitiva, solo alrededor de la mitad de los votantes optaron en primera vuelta por las opciones de la polarización correísmo y anti-correísmo. La mitad o casi la mitad de los votantes buscaron otras opciones, ahora, queda por ver si el voto por el partido indígena, que supera largamente el caudal demográfico de las nacionalidades y pueblos originarios; y por la ID, expresa lo mismo y a los mismos, que lo que era el caso hasta antes del 2006 o si se trata de una estructura de clivajes distinta a la época pre-correísta.

Es preciso entonces preguntarse: ¿Estamos en presencia de los inicios de un desalineamiento de la polarización entre la *Revolución Ciudadana* y sus opositores? De ser así: ¿Cuál es la naturaleza de los nuevos clivajes, en caso de estar estos despuntando? Para responder estas preguntas es necesario revisar a breves rasgos la estructuración histórica de clivajes en el Ecuador en donde, si se puede afirmar que ha existido una constante es la del clivaje regional.

A partir del trabajo seminal de Lipset & Rokkan (1967) se ha estudiado la votación que reciben los partidos políticos a través de la identificación de divisiones o clivajes existentes en la sociedad. Estas divisiones se superponen, por ejemplo en el caso de centro y periferia, ciudad y campo, o propietario y trabajador. Estas divisiones en muchos casos se circunscriben también a territorios específicos que, de acuerdo con los distintos sistemas de votación, determinan el apoyo a uno u otro partido político.

Si bien varios autores plantean que en el caso ecuatoriano, al igual que en los casos latinoamericanos, los clivajes de clase no han echado raíces profundas (Roberts, 2002) y que aquellos étnicos no atraviesan toda la comunidad nacional (Freidenberg, 2004; Van Cott, 2005) y que las relaciones entre los votantes y los partidos son más bien personales (Mainwaring y Torcal, 2009), un clivaje que ha atravesado la historia política del Ecuador desde el siglo XX es el clivaje regional (Martz, 1980;

³ Hasta 2006, la ID había sido uno de los dos principales partidos políticos ecuatorianos, y esta posición la había ocupado continuamente casi desde el inicio de la transición democrática de 1978; después de la elección de Correa en 2006, había prácticamente desaparecido.

⁴ La más alta votación previa de Pachakutik en una elección presidencial, en que presentaron candidato propio, no superó el 7% en 2017, y en elecciones parlamentarias tuvieron un techo de 10,76% en 1996, que se tradujo en 8 escaños en un parlamento de 82 escaños, lo cual implicaba casi un 10%. En la nueva Asamblea que se acaba de elegir duplican ese techo histórico al conseguir controlar alrededor del 20% de las curules.

Conaghan, 1996; Pachano, 2004, 2006, 2007; Freidenberg y Alcántara Sáez, 2009; Eaton, 2011; Freidenberg y Pachano, 2016).

Durante la primera mitad del siglo XX y como herencia de la estructura de partidos del siglo XIX, Ecuador estuvo dominado por diferentes facciones de partidos liberales ubicados en la costa, abiertos al comercio y de partidos conservadores terratenientes ubicados en la sierra y dedicados principalmente a la producción agrícola y ganadera que, basados en formas precarias de propiedad de la tierra, buscaban proteger su economía de la competencia externa. En la segunda mitad del siglo surgen como alternativas en la costa la Concentración de Fuerzas Populares que no logra penetrar de forma clara en el electorado serrano sino hasta la elección de 1979 (Martz, 1980) y en la sierra el Partido Social Cristiano (PSC) que en la década de los 80, con el triunfo de León Febres-Cordero, se asentaría definitivamente en la costa ecuatoriana y específicamente en Guayaquil. A partir de la elección de 1984, el PSC y el Partido Roldosista Ecuatoriano (PRE) dominarían en la costa ecuatoriana, mientras la Izquierda Democrática y la Democracia Popular (DP: partido demócrata cristiano) en la sierra.

Pese a la aparición de nuevos partidos sin una identificación regional clara en los 90 a partir de la inestabilidad política del país, como el Partido Sociedad Patriótica (PSP) fundado por el ex presidente Lucio Gutiérrez después de su participación en la caída del gobierno de Jamil Mahuat (DP) o el Partido Renovador Institucional Acción Nacional (PRIAN) del empresario bananero Álvaro Noboa, el clivaje regional continuó siendo el principal en el país. El surgimiento del partido político Pachakutik como brazo político de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE), si bien no tenía en su origen un corte regional, por la composición demográfica del país también se convertiría en un partido de la sierra con apoyo en la región amazónica del país.

En 2006 el triunfo de Rafael Correa con su partido AP y sus siguientes triunfos electorales hacen pensar que el clivaje regional en Ecuador por fin había sido superado, aunque Polga-Hecimovich (2014) advierte que la verdadera prueba de AP como un partido nacional vendrá cuando Rafael Correa ya no sea el líder del partido. En 2017, AP vuelve a triunfar con Lenín Moreno como su candidato en una contienda electoral marcada por un clivaje que, aunque podría interpretarse como ideológico, se asentaba más bien en el correísmo y anti-correísmo. Al poco tiempo, tras la fractura y salida del grupo que apoya al ex presidente Correa y los que apoyaban el gobierno de Moreno, Alianza PAIS pierde por completo su presencia electoral y en las elecciones de 2021 obtiene su peor resultado con ninguna autoridad electa.

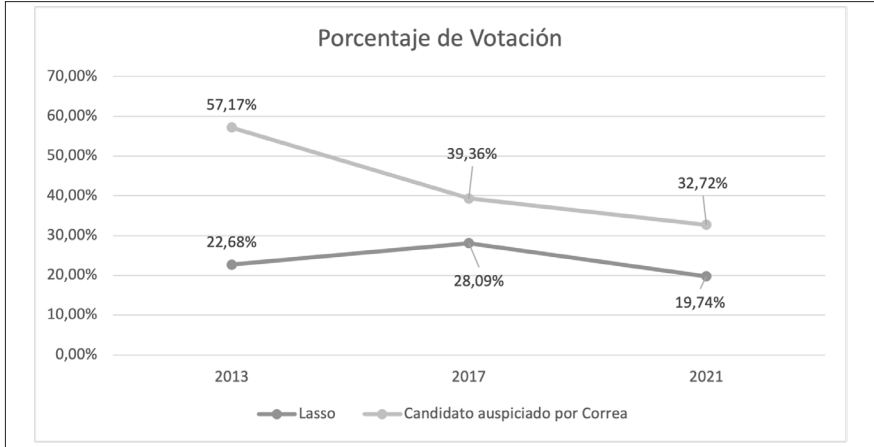
Con estos antecedentes, en las elecciones de 2021 se presentaron 16 binomios. En estos comicios se elegían no solo Presidente y Vice-Presidente de la República, sino que también 137 Asambleístas del Legislativo ecuatoriano y los integrantes de la delegación nacional al Parlamento Andino. Inicialmente se pensaba que la elección

se polarizaría entre Andrés Arauz y Guillermo Lasso, es decir, al igual que en 2017, entre correísmo y anti-correísmo.

Arauz representaba a la recién fundada “Unión por la Esperanza” (UNES) del ex Presidente Rafael Correa. Hasta haber sido escogido como candidato por el propio Correa, Arauz era un personaje casi por completo desconocido. En las Administraciones de su mentor, había ocupado cargos de mediano nivel y formaba parte de la camada de jóvenes tecnócratas que Correa había promovido a posiciones de gestión, más que de naturaleza propiamente política. Arauz carecía de cualquier base política propia o de cualquier influencia autónoma en su agrupación o a nivel nacional. Estas podrían ser justamente las razones por las que Correa lo había designado. El ex Presidente y sus seguidores han interpretado el desplazamiento de Lenin Moreno como resultado de una *traición* hecha posible porque el propio Moreno tenía un perfil político y su propia base de apoyo y popularidad. Correa nunca gustó de promover posibles *delfines* o eventuales sucesores. En esta elección, el propio expresidente se hallaba impedido de presentar su candidatura debido a que la Constitución ecuatoriana le prohíbe volver a ejercer la Presidencia por más allá de los dos períodos, los que ya cumplió; sino que también su presencia en el país se halla obstaculizada por los casos penales en los cuales ha sido condenado y lo mantienen en condición de prófugo de la justicia ecuatoriana.

Frente a él se postulaba, por tercera vez, el banquero Guillermo Lasso tras haber perdido elecciones en 2013 frente a Correa y en 2017 frente a Moreno (gráfico 1). Lasso, al contrario de Arauz, era una figura política de trayectoria y era considerado el más nítido representante de una opción *neo-liberal* en Ecuador. En todo caso era la más clara expresión de una postura política pro-empresarial y su plataforma incluía una serie de medidas destinadas a desmontar –al menos en parte– el modelo estatista impuesto por Correa durante su década en el poder, y solo parcialmente afectado por las reformas de la Administración Moreno. Lasso además se presentaba como el defensor de una moral tradicional arraigada en la fe católica o, al menos, en sus vertientes más conservadoras. En el pasado se había mostrado opuesto a la despenalización del aborto, al matrimonio igualitario o a la agenda de los grupos LGBTQ o del feminismo laico más radical. Cabe–sin embargo– señalar que en este punto no se diferenciaba mayormente de Rafael Correa, proveniente también de una cultura política católica. Las diferencias entre Lasso y Correa tienen que ver con el manejo de la economía y con el rol del Estado, más no con ideas referentes a la moralidad o a la vida personal.

Gráfico 1
Votación de Lasso, Correa (2013) y el candidato auspiciado por Correa (2017, 2021) en primera vuelta electoral



Fuente: Elaboración propia con datos del Consejo Nacional Electoral del Ecuador (CNE), 2021)

Lasso estuvo apoyado por su propio partido, CREO (Creando Oportunidades), pero contó también con el apoyo del PSC, partido tradicional de la derecha empresarial ecuatoriana con fuerte arraigo territorial en Guayaquil. Esta alianza fue posible gracias al retiro de la competencia electoral de Jaime Nebot, líder del PSC que en dos ocasiones anteriores había intentado llegar a la presidencia sin éxito, principalmente por no convencer a los votantes serranos.

Tras la salida del escenario electoral del empresario bananero Álvaro Noboa, quien quería postularse por sexta vez a la presidencia de la república, por decisión del órgano electoral competente se logra una candidatura única de derecha con aceptación limitada en la región de la sierra ecuatoriana como se constata en que en la primera vuelta, la única provincia importante donde logró imponerse fue en Pichincha, donde está ubicada Quito, la capital del país. Más adelante, en la segunda vuelta, basó su triunfo final en el masivo apoyo de varias provincias serranas en especial de Quito y su zona aledaña. Mientras, a pesar del apoyo del PSC, que se anticipaba preponderante en la costa del Ecuador, Lasso solo triunfó estrechamente en la zona urbana de Guayaquil.

A pesar del anticipado clivaje correísmo – anti correísmo (que incluía a muchos votantes que deseaban repudiar al socialismo del siglo XXI), la presunta polarización comenzó a desmoronarse a partir del inicio de la campaña. Esto se debió a la aparición del candidato del movimiento indígena que comenzó a crecer más allá de lo esperado. El partido Pachakutik había tenido muy malos resultados en las últimas elecciones Presidenciales. En 2017 no había logrado ni el 5% de los votos y en

ningún momento histórico había logrado superar el 10%. Podía suponerse que se había convertido en una expresión *de nicho* de la votación estrictamente étnica. De acuerdo con el último censo de 2010, no más del 7% de los ecuatorianos se identificaban como “indígenas”, y las más recientes votaciones de Pachakutik daban para pensar que su techo electoral era la votación rigurosamente étnica. Parecía imposibilitado de conseguir atractivo para otros sectores de la población y, por lo demás, se mantenía como una expresión puramente regional en la Sierra donde la población indígena se concentra.

Cabe señalar que ya en 2019, habían aparecido ciertas señales de que *algo estaba pasando*. En las elecciones locales de ese año, Pachakutik había logrado importantes resultados en varias provincias y se había hecho de significativos gobiernos provinciales y municipales. Sin embargo, la votación local, en Ecuador, no siempre se traslada al nivel Presidencial o legislativo de manera lineal (Freidenberg & Pachano, 2016) y no se pensaba que el movimiento indígena podría asegurarse una presencia de peso, más allá de los enclaves étnicos.

Con todo esto, Pachakutik presentó la candidatura de Yaku Pérez, el Prefecto de la Provincia de Azuay quien se había hecho notar por su vistosa lucha en contra de la minería en gran escala y por su plataforma radicalmente ambientalista. Pérez y su partido se posicionaron como la *otra izquierda*, que recogía todas las agendas que Correa había despreciado (Pérez mismo había sido blanco de persecuciones bajo los gobiernos de la *Revolución Ciudadana*). De esta manera, el candidato de los indígenas pudo ofrecerle a un segmento de la opinión que se quiere progresista con una alternativa a la *Revolución Ciudadana*. Aunque aún no es fácil discernir de dónde sacó los votos no indígenas que lo llevaron a estar casi a las puertas de entrar a la segunda vuelta; es una hipótesis plausible suponer que Yaku Pérez pudo convocar el apoyo de votantes identificados con las *causas* post desarrollistas y post convencionales tales como el indigenismo, el feminismo, el movimientismo de sociedad civil, la lucha por los derechos de los grupos de preferencia sexual no convencional, amén de apoderarse de la causa ambientalista y anti-extractivista. Todas estas plataformas habían sido vilipendiadas e incluso vulneradas por Correa, muy apegado a una cosmovisión desarrollista, estatista-jacobina y tecno burocrática, que además se apoyaba en una moral convencional que lo llevó casi a las puertas de los comicios a expresar drásticos puntos de vista misóginos y homofóbicos.

A última hora aparecería otro actor realmente inesperado: se trata de Xavier Hervas, un joven empresario sin mayores antecedentes políticos, que sería presentado por la Izquierda Democrática. Este partido representó —desde su aparición en los años setenta— una opción identificada con un progresismo moderado que combinaba una adhesión a la democracia liberal, al desarrollismo y a una módica pero sostenida promoción de la progresividad de derechos. Por muchos años fue uno de los principales partidos del espectro político ecuatoriano llegando en 1988 a la presidencia de la república con Rodrigo Borja. Especialmente fuerte en la clase media de la sierra y entre las tecnocracias del sector público y de la pequeña y

mediana empresa en la región andina. Sin embargo, entre 2006 y 2017 este partido había prácticamente desaparecido. En las últimas elecciones presidenciales de 2017, tras un proceso de nuevo registro, alcanzó apenas el 6,71% de la votación y había muchas dudas sobre su capacidad de mantenerse en el mapa electoral.

Hasta pocas semanas antes de la elección, Hervas era uno más del montón de candidatos que no deberían sacar más del 5% (en el mejor de los casos) de las preferencias. Solo en los últimos días de la campaña hubo señales de que había logrado un crecimiento importante, aunque jamás pudo preverse que ocuparía un sólido cuarto lugar con un 15% de las preferencias. Por medio de una muy hábil campaña en redes sociales y utilizando las plataformas más populares, especialmente entre los jóvenes, la candidatura de Hervas logró proyectar la imagen de un *progresismo de cuello y corbata*, joven, moderado, ejecutivo y alejado de las polarizaciones y radicalismos, así como distante de un lenguaje populista de barricada y de confrontación: se trató de un estilo *cool* que buscaba dirigirse a otro tipo de joven diferente al *militante* de las causas virtuosas (que era más bien la orientación de la campaña de Yaku Pérez).

Aparentemente, el público que se volcó por Hervas a última hora, mezclaba a) a un segmento más maduro de la población *cansado* de la polarización y de la virulencia de la política de las últimas décadas, que mantenía una vocación *progresista* y moralmente *modernizante*, que probablemente había votado en el pasado por la izquierda moderada tradicional, y que la habían abandonado seducido por la posibilidad de un *socialismo democrático* que creía ver en la *Revolución Ciudadana*, y que desengañado de ésta, refluía hacia las identidades históricas más arraigadas; con b) una población más joven, de clase media, que buscaba salidas que no la obligaran ni al moralismo conservador de Correa o Lasso, ni a las militancias virtuosas y de grupos específicos que se arremolinaban en torno a Pachakutik. En suma, grupos más jóvenes interesados en recuperar los espacios de la vida personal, y de la autonomía individual, y que anhelaban una política más relajada, menos apocalíptica y más tolerante, sin tener que identificarse con las cruzadas morales del siglo.

En este contexto, los resultados de la primera vuelta electoral sacaron a la luz algunas sorpresas que podrían estar apuntando a la aparición de un sistema de clivajes más complejo en el electorado ecuatoriano. Como ya se ha señalado, a partir de 2006 la política ecuatoriana pareció focalizarse en la línea de fractura entre correísmo y anti-correísmo. Este parteaguas pudo interpretarse, al menos en un inicio, como una clásica polarización ideológica entre izquierda y derecha. En este mapa mental, la izquierda sería aquella parte de la opinión pública favorable a priorizar una fuerte intervención/presencia estatal orientada a lograr una redistribución de los bienes sociales y predicada sobre una presunta precedencia del valor de la justicia por sobre otros valores éticos.

La derecha, por su parte, sería interpretada como una corriente favorable al libre mercado, a una intervención estatal menor y solamente subsidiaria y favorable a los intereses de las clases empresariales. Adicionalmente, no es posible soslayar que

las corrientes culturales que impulsan cambios en las estructuras de la vida diaria, tales como las de género, sexualidad, papel de la religión, identidades etc., son generalmente consideradas parte de la izquierda, mientras que quienes defienden los valores “tradicionales”, la presencia en la vida colectiva de valores inspirados por las religiones dominantes, la familia en su forma históricamente consolidada, una sexualidad hetero y mono normativa, serían parte de la derecha.

Asimismo, la introducción de unas izquierdas o derechas “culturales” complica las cosas, puesto que no necesariamente existe simetría entre la adherencia a los temas clásicos “socialistas” y el progresismo cultural (incluyendo en este al ambientalismo), puesto que existe un socialismo culturalmente conservador (y esto no es nuevo, basta ver las posturas del marxismo tradicional en temas socio-culturales y morales), así como existe una derecha moralmente liberal y culturalmente post-convencional.

En todo caso, estas asimetrías no fueron muy visibles en los inicios de la *Revolución Ciudadana*. Sin embargo con el tiempo se abrieron varias brechas entre el correísmo y varios *progresismos* socio-culturales; de tal forma que hacia el final del período podía hablarse de una *izquierda* de oposición, así como de una cierta capa de personas culturalmente conservadoras que no tenían ningún problema en apoyar al *socialismo del siglo XXI*.

Por otra parte, en la política ecuatoriana el clivaje regional como se ha mencionado ha sido extremadamente notorio. Bajo la *Revolución Ciudadana*, esta fisura entre la Costa del Pacífico (con la ciudad de Guayaquil a la cabeza) y la Sierra Andina pareció haberse esfumado (Polga-Hecimovich, 2014). Durante sendas elecciones, el apoyo a Correa y su movimiento era mayoritario y parejo entre ambas macro regiones del país.

Las elecciones recién realizadas dieron pie a un vigoroso retorno del clivaje entre la Sierra y la Costa. Sin embargo, por decirlo de alguna manera, este retorno de la fisura regional se hace con *el pie cambiado*: si hasta 2006 los votantes de la Costa habían sostenido principalmente a partidos populistas de derecha o populistas sin perfil ideológico definido (caudillistas, personalistas); ahora, por el contrario, las votaciones más altas de Andrés Arauz se dieron precisamente en esa región del país, alcanzando diferencias de hasta 2 a 1 en provincias como Manabí y Santa Elena. Parecería a primera vista que la Costa habría invertido su perfil de preferencias tradicional. En vez de votar por un candidato apoyado por el Social Cristianismo o por el populismo tradicional, habría votado por el candidato de *izquierda*. Tan fuerte es este aparente giro del votante costeño, que Guillermo Lasso no pudo ganar ni siquiera en la Provincia de Guayas, bastión –hasta ahora– casi intocable del Social Cristianismo. Lo más que pudo lograr la derecha fue el triunfo en las zonas urbanas de la ciudad de Guayaquil, y por un estrecho margen; allí donde la máquina electoral del PSC debió haber mostrado una fuerza dominante.

En cambio, Guillermo Lasso, candidato guayaquileño e identificado por la población con la *oligarquía financiera* del puerto principal, obtuvo sus mejores votaciones en la Sierra y sobre todo en la provincia de Pichincha donde está ubicada la ciudad de Quito. Históricamente, y desde la transición de 1978, la Sierra había tendido a favorecer a candidatos de centro-izquierda, y es allí donde la social democracia, la democracia cristiana y Pachakutik había consolidado sus bastiones. En la segunda vuelta la votación que teóricamente se identificaba o con el indigenismo o con la social democracia (en sus diferentes manifestaciones y matices), se volcó preferentemente a favor de Lasso y compensó con creces las grandes victorias del correísmo en Manabí (la tercera provincia más habitada del país) y otras provincias de menor población de la Costa del Pacífico.

Queda aún por referirse a otros alineamientos o líneas de clivaje que podrían estar (re)apareciendo en Ecuador. Por cierto es necesario caracterizar mejor el significado de la contradicción entre correísmo y anti-correísmo, partiendo de la base que –dado lo anterior– no es tan sencillo reducirlo a la oposición izquierda-derecha, en vista –sobre todo– a que emergen con relativa fuerza *otras izquierdas* y porque el correísmo no es simplemente una expresión pura y doctrinaria de la izquierda. Como se ha visto, en la *Revolución Ciudadana* crecen y se desarrollan otros componentes: conservadurismo tradicionalista cultural, populismo clásico, desarrollismo extractivista, tecnocratismo estatista, etc. Más allá de los dos clivajes electorales dominantes en la política electoral ecuatoriana del momento actual, existe la posibilidad de que despunten otras fracturas. Estas últimas son avasalladas en la segunda vuelta por la polarización entre correísmo y anti-correísmo, pero ello no quiere decir –necesariamente– que sean insignificantes o ilusorias.

Lo que parece ocurrir es que otras fracturas políticas que (re)aparecen en febrero, se subordinan en abril a la contradicción entre *Revolución Ciudadana*-libre mercadismo; sin que por ello no se mantengan latentes. En la próxima sección se presentará evidencia de que una parte importante de los votantes de Xavier Hervas y algunos de los de Yaku Pérez se plegaron a la propuesta de Guillermo Lasso en el *ballottage*, mientras que muy pocos lo hicieron a favor de Andrés Arauz. O sea que, puestos a elegir, votantes indigenistas/ambientalistas y social demócratas prefirieron al candidato de la derecha empresarial al de la presunta izquierda socialista.

Y es que para estos sectores el estatismo autoritario y vertical de Correa podría haber resultado una camisa de fuerza mucho más rígida que un posible liberalismo débil y tolerante. Para los movimientos sociales el correísmo significó la disyuntiva nada deseable entre convertirse en *funcionarios* de un proyecto concentrador de poder o ser excluidos, vilipendiados y perseguidos. Por su parte la centro izquierda moderada había ya perdido toda ilusión de que el *socialismo del siglo XXI* fuera a terminar en otra cosa que en una versión apenas disfrazada del *socialismo del siglo XX*. En definitiva lo que primaría fue una oposición entre autoritarismo y liberalismo, más que entre socialismo y capitalismo (más o menos “salvaje”). En la oposición a la candidatura de Andrés Arauz se unen grupos de izquierda y derecha por el

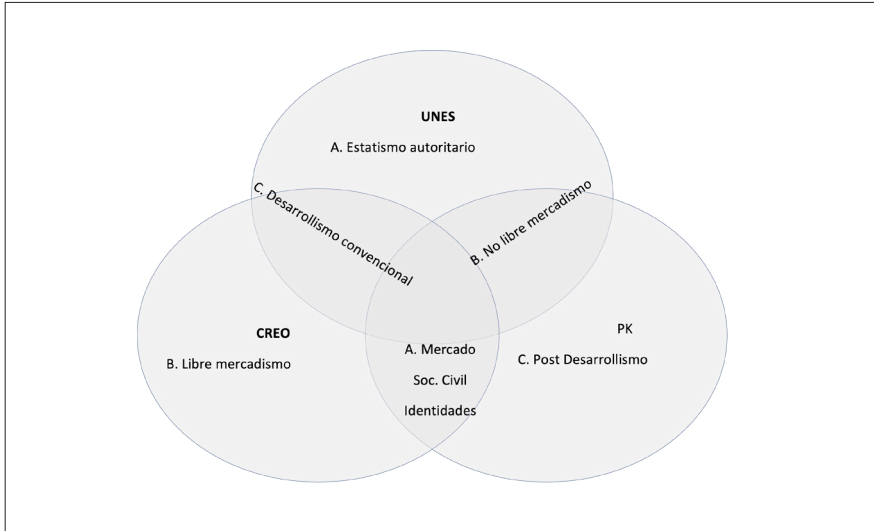
común temor a un proyecto de gobierno vertical y concentrado. Para la izquierda independiente resultó ser preferible un gobierno de derecha donde “se pueda protestar” que otro que podía eficazmente impedir la “protesta” en nombre de la izquierda. Bajo esta luz, los resultados de abril serían de este modo la victoria de la poliarquía sobre el jacobinismo concentrador estado céntrico.

Pero, dicho sea de paso, la renovada fuerza del clivaje regional también permite suponer una “regionalización” de esta contradicción central: en la costa gana la elección la preferencia por un Estado fuerte, protector, parental y de “mano firme” (la “mano firme” es una constante entre los políticos populistas, sea estos de derecha o izquierda en la Costa). En la sierra en cambio, los temas vinculados a la autonomía personal, grupal o identitaria frente al “ogro filantrópico” parecen tener mayor peso.

De esta forma, podríamos arriesgarnos a sugerir que el clivaje Sierra/Costa esconde un clivaje sustantivo, que tiene que ver con dos formas diferentes espacialmente distribuidas de priorizar y canalizar determinadas formas de acción política y preferencias actitudinales. Esta contradicción entre autoritarismo estatista parentalizado y una especie de coalición implícita poliárquica entre sociedad civil y mercado podría ser la línea de fractura principal que se superpone y subordina a otras dos, que se mencionarán a continuación, aunque sea brevemente.

- a. Primera línea de fractura: Estatismo Autoritario vs Mercado/Sociedad Civil/Identidades: se expresa en la polarización entre la votación del correísmo en la primera vuelta: 32% vs todos los demás (68%).
- b. Segunda línea de fractura: Libre Mercadismo (¿neo-liberalismo?) versus todos los demás. El apoyo a alguna forma de neo liberalismo empresarial se expresaría en el casi 20% que obtuvo Guillermo Lasso en la primera vuelta, contra el casi 80% de todos sus demás adversarios. Esto se parecería más a la forma clásica de la oposición derecha/izquierda.
- c. Tercera línea de fractura: Desarrollismo convencional /Post Desarrollismo o Post Materialismo. Esta fractura opondría a quienes creen en formas de modernidad económica/social asociadas al desarrollismo frente a quienes apuestan a la superación de estas formas (o sea, del materialismo individualista adquisitivo) y proponen distintas variantes del alter-desarrollo o desarrollo verde, poniendo -además- en primer plano los temas de la identidad y del estilo de vida. Esta fisura se expresaría en la contraposición entre el casi 20% de votantes que apoyaran la postulación de Pachakutik versus todos los demás.

Gráfico 2:
Clivajes propuestos



Fuente: Elaboración propia

En la sección siguiente mostraremos cómo este juego de clivajes y fisuras se decantó en la segunda vuelta para darle un triunfo significativo al candidato de CREO.

¿Qué ocurrió en la Segunda Vuelta?

En esta sección se describe cómo el candidato Guillermo Lasso pudo remontar los más de 12 puntos porcentuales de diferencia que Andrés Arauz le sacó en la primera vuelta de la elección, siendo esta la cuarta vez que un candidato que llega en segundo lugar al *ballottage* logra llegar a la presidencia⁵. Creemos que deben explorarse dos posibles tipos de causas: las relativas a las preferencias básicas de los electores y, en segundo término, su interacción con el desarrollo táctico de la propia campaña.

Al inicio de la campaña del *ballottage*, la enorme mayoría de los observadores consideraban altamente improbable que Lasso pudiese cerrar la brecha con su adversario. Varios factores militaban para sustentar dicha creencia. En primer término, existía la convicción de que Lasso había tenido un muy mal desempeño en la primera

⁵ Las tres veces anteriores en que un desenlace así tuvo lugar fue en 1984 entre Rodrigo Borja y León Febres-Cordero, resultando este último triunfador, en 1996 entre Jaime Nebot y Abadalá Bucram resultando el último vencedor y en 2006 entre Álvaro Noboa y Rafael Correa, resultando Correa triunfador.

vuelta. De hecho, su votación había sido la más débil de sus tres presentaciones a la justa presidencial. A duras penas (y en medio de ásperas polémicas en torno a un presunto fraude en contra de su más cercano adversario, el candidato de Pachakutik, Yaku Pérez), había logrado alcanzar los votos necesarios para enfrentar al candidato de Rafael Correa. Su publicidad electoral había sido muy defectuosa y su estrategia de campaña era juzgada como inepta.

Por otra parte, existía hasta entonces la idea que un electorado identificado con la izquierda nunca votaría por un banquero conservador al que se imputaba neo liberal y partícipe, sino culpable del Feriado Bancario de 1999. Este estigma (justo o no) se ve subrepticamente reforzado con sutiles y ancestrales prejuicios que ven al financista como un simple usurero. Se asumía que los votantes de la ID y, de manera mucho más acentuada, mantenían un fuerte y dominante nivel de rechazo contra el neo liberalismo y estaba aún marcado por el traumático recuerdo de la crisis financiera de hace veinte años.

En otras palabras, se asumía que el clivaje izquierda–derecha sería decisivo, por encima del clivaje entre correísmo y anti–correísmo (o entre poliarquía–autoritarismo jacobino). Ante la oscura perspectiva de votar por un representante puro del empresariado, se esperaba que los votantes de los otros candidatos importantes se resignaran a apoyar al candidato de la *Revolución Ciudadana*.

El hecho de que esto no haya ocurrido, y que, al contrario, la mayoría de los votantes de la ID y de Pachakutik hayan preferido cualquier otra cosa menos votar por el correísmo, es una fascinante demostración que, políticamente al menos, en 2021 se procedió a sepultar al Feriado Bancario. El gran “terror” de los electores ecuatorianos ya no es el *crash* de 1999 y los grandes villanos no son quienes han sido vistos como sus responsables y/o beneficiarios. Para un mayoritario y creciente segmento de la población el gran “terror” es ahora el retorno del autoritarismo y de la concentración de poderes, y esto une –aunque sea eso lo único que une– a indígenas, clase media serrana progresista/liberal, empresariado y movimientos sociales de base.

Debe anotarse –sin embargo– que de acuerdo a un modelo realizado luego de la segunda vuelta (Viteri, 2021), una mayoría de los votantes de PK optaron por el voto nulo, o sea, se abstuvieron de elegir entre Lasso y Correa (tabla 1). Para este grupo el tabú anti empresarial sigue vigente, pero, sin embargo, aun así, este veto no implicó apoyar a Arauz: este sector del electorado étnico simplemente agregó a sus fobias la del anti–correísmo. Por otra parte no está claro si el rechazo a votar por Lasso se debió a la persistencia de la memoria de 1999 o simplemente al acatamiento

de las órdenes de la dirigencia de Pachakutik de votar nulo para castigar un presunto fraude cometido por el CNE a favor del candidato de CREO⁶.

Tabla 1:
Modelo de transferencia de votos por optimización lineal con restricciones

Modelo de transferencia de votos Arauz		Votación Primera vuelta								
		Lasso	Pérez	Hervas	Otros	Nulo	Blanco	Ausente	Total	
Votación Segunda Vuelta	Lasso	0%	16%	5%	11%	10%	0%	0%	1%	43%
	Arauz	28%	0%	0%	2%	1%	5%	3%	0%	39%
	Nulo	0%	0%	10%	1%	0%	5%	0%	1%	17%
	Blanco	0%	0%	0%	0%	0%	0%	1%	0%	1%
	Total	28%	16%	15%	14%	11%	10%	4%	2%	100%

Fuente: Viteri (2021)

Sin embargo, incluso el voto nulo impulsado por la dirigencia indígena (y seguramente algunos votantes no indígenas que no pudieron resolver su dilema ente dos “miedos”, el del neo liberalismo depredador y el del autoritarismo correista) contribuyó indirectamente a facilitar la victoria de Lasso: al reducir el volumen total de votos válidos, hicieron que el candidato con mayor número de preferencias tuviera un margen mayor sobre el segundo.

Hubo acontecimientos de campaña que contribuyeron a consolidar estos alineamientos. Se pueden señalar algunos:

- a. La campaña de UNES permitió que Lasso aprovechara a fondo y en su beneficio el tema de la preservación de la dolarización. El uso del dólar estadounidense como moneda nacional es vastamente popular. Todas las encuestas más recientes indican abrumadoras tasas de apoyo a la continuación de este esquema monetario. Si bien la dolarización ha limitado las herramientas fiscales disponibles para la política pública, ha generado estabilidad, terminado con la inflación y permitido ganancias reales en poder adquisitivo, preservando los ahorros de amplias capas de la población. Andrés Arauz cometió el error de dar a entender que pensaba utilizar las reservas del Banco Central y toda fuente de ahorro público para aumentar el gasto fiscal y reactivar la economía mediante algunos de los esquemas agresivamente keynesianos que son del gusto de Rafael Correa. Asimismo, volvió a flotar la idea de generar una especie de dinero electrónico sin respaldo, que permitiese superar las limitaciones

⁶ Por lo demás no existe ninguna prueba de que hubiese existido el señalado fraude. Ni los recuentos posteriores ni los informes de las misiones extranjeras de observación electoral detectaron ninguna prueba de semejante hecho.

al gasto que implica el no poder imprimir moneda propia. Al margen de las intenciones reales, lo cierto es que Lasso logró presentarse como el defensor de la dolarización y como el garante de la solidez de los ahorros y de la estabilidad monetaria.

- b. Los esfuerzos de Andrés Arauz para atraer a un electorado más centrista o a la “otra izquierda” fueron brutalmente saboteados en los últimos días de la campaña por una serie de mensajes de Rafael Correa en redes sociales, en los cuales prometía venganza implacable contra todos los que lo habían “traicionado”, contra la derecha, contra sus detractores y contra quienes veía como culpables de su actual condición de prófugo/exiliado. Esto reavivó el recuerdo de la polarización, de la violencia verbal y de las persecuciones bajo el correísmo. Ciertamente muchos votantes afines a los movimientos sociales y a una izquierda más moderada, así como toda la franja de electores que habían buscado en la primera vuelta una salida que no implicara alinearse en la contradicción extrema entre un correísmo intratable y sectario y un anti-correísmo igualmente rabioso; sintieron que era necesario bloquear el retorno de una opción que implicaba la resurrección de los traumas políticos de un pasado aún reciente.
- c. Igualmente, en esa etapa final de la campaña Rafael Correa usó las redes sociales para reiterar conceptos y expresiones vastamente entendidas como misóginas, moralmente reaccionarias, homofóbicas y contrarias a las causas feministas. Aprovechando la oportunidad que se le daba, Guillermo Lasso —en cambio— abrió una serie de ocasiones de diálogo con el electorado de las casusas “post-convencionales” y procedió a difuminar su perfil de un conservador moral a ultranza. Mientras Correa endurecía su posición frente a los movimientos sociales alternativos, Lasso se mostraba más abierto con el movimiento indígena y con las “causas virtuosas” del nuevo progresismo post-convencional. Para muchos votantes de la “otra izquierda”, ya no quedó claro cuál de los dos bandos era más reaccionario en lo moral. Una posible ventaja que hubiese podido tener cualquier candidato enfrentado a Lasso: la denuncia del tradicionalismo católico dogmático de un político vinculado al Opus Dei se perdió por completo. Entre dos candidatos moralmente conservadores, finalmente Lasso podía presentarse como menos rígido y más tolerante que su adversario. Esto pudo ayudar a que muchos votantes progresistas, al menos se abstuvieran de inclinarse por el candidato de la UNES, y decidieran anular su voto o incluso apoyar a Lasso. La debilidad parlamentaria de CREO ya era evidente para el electorado, y muchos partidarios de los movimientos sociales percibieron que negociar con un Presidente de derecha débil políticamente podía ser mucho más rentable que enfrentar a una fuerza más poderosa y con los antecedentes de intratable intransigencia que Correa no lograba superar, sino que, por el contrario, solo reforzaba con cada mensaje o intervención pública que emprendía.

- d. La campaña de Andrés Arauz cometió un serio error táctico antes del cierre, al aceptar públicamente y jactarse del apoyo del dirigente de CONAIE Jaime Vargas. Este es el representante de una de las alas más radicales del indigenismo. Se hizo prominente por el rol destacado que jugó en el levantamiento de octubre de 2019. El sector que encabeza era cercano, o al menos en la coyuntura de octubre de 2019, coincidió con el sector denominado como “Mariateguista”, que en la terminología del movimiento indígena se vincula con posiciones favorables a una especie de socialismo separatista y autonomista de base étnica. Este apoyo rompió con la disciplina de la CONAIE y fisuró al movimiento indígena. Aparentemente Correa quiso —mediante este anuncio— mostrar que podía arrastrar al menos parte de los votantes de Yaku Pérez. Sin embargo, esto fue visto por la dirigencia como un abierto y descarado intento por dividir a la CONAIE y como muestra de la práctica atribuida al correísmo de intentar —siempre donde sea posible— generar organizaciones paralelas destinadas a dividir y erosionar la unidad e los movimientos sociales. Esto hizo perder apoyo a la UNES por dos vías: para las clases medias no indígenas resucitó el espectro y los terrores producidos por el levantamiento de 2019, y terminó de convencer a muchos que con el retorno del correísmo también adquirirían poder los elementos más extremos, revanchistas y autonomistas del movimiento indígena y de otros movimientos sociales de base. Para el movimiento indígena la actuación de Vargas solo confirmó la importancia de impedir el retorno del correísmo al poder y reavivó el recuerdo y los temores de persecuciones y divisionismos que jalonaron la relación de la CONAIE con el gobierno de la *Revolución Ciudadana*. Prueba del malestar que la actitud de Vargas provocó fue que, a los pocos días de anunciar públicamente su apoyo a Andrés Arauz, la dirección de la CONAIE procedió al expulsarlo de ella y condenarlo públicamente a él y sus seguidores.
- e. Guillermo Lasso logró reestructurar exitosamente su equipo de campaña. La nueva orientación y el nuevo personal dieron un giro a su mensaje, haciéndolo mucho más espontáneo, creíble y atractivo para los votantes a los que se quería dirigir. Esto se expresó en el debate obligatorio que los dos candidatos finalistas debieron llevar a cabo ante las cámaras de la TV a nivel nacional. Allí Lasso logró si no salir evidentemente triunfador, al menos quedar en la memoria de los espectadores, acuñando frases pegajosas y fácilmente memorables, mientras que lograba proyectar una imagen de estadista sereno, experimentado y tolerante, al tiempo que su contrincante no lograba salir de las consignas y de los planteamientos ya consabidos del correísmo y, en especial no lograba mostrar de qué manera iba a poder llevar a cabo sus promesas de mayor gasto público, inversión estatal y subsidios sin amenazar la estabilidad de la dolarización. Según algunos medios, una medición independiente de los resultados del debate, le dieron a Lasso una clara ventaja. Es posible que el tema del dólar haya sido una rueda de molino atada al cuello de la campaña de la UNES, y esto no logró disiparse con el debate.

- f. Finalmente, es preciso consignar el impacto que tuvo el llamado de Pachakutik a votar nulo. De acuerdo con las simulaciones realizadas, dos de cada tres votantes indígenas obedecieron la consigna, lo que llevó a que el voto nulo aumentara de un histórico que fluctúa entre el 8-10% a un 16%. De acuerdo con las normas electorales ecuatorianas, el resultado final se computa sin tomar en cuenta los votos nulos. Esto significa que, al aumentar los votos nulos, se reduce el tamaño de la masa electoral sobre la cual se calcula el resultado final entre los candidatos de la segunda vuelta. En consecuencia, para obtener la mitad más uno de los votos válidos, se requieren menos votos en total. Como resultado, cualquier diferencia entre el primero y el segundo se amplifica porcentualmente. Esto, si bien no cambió el resultado, sí lo hizo más nítido y magnificó la diferencia a favor de Lasso en términos porcentuales. De alguna manera esta brecha pudo tener alguna incidencia en cerrar la posibilidad de reclamos o de nuevas acusaciones de fraude por parte del correísmo.

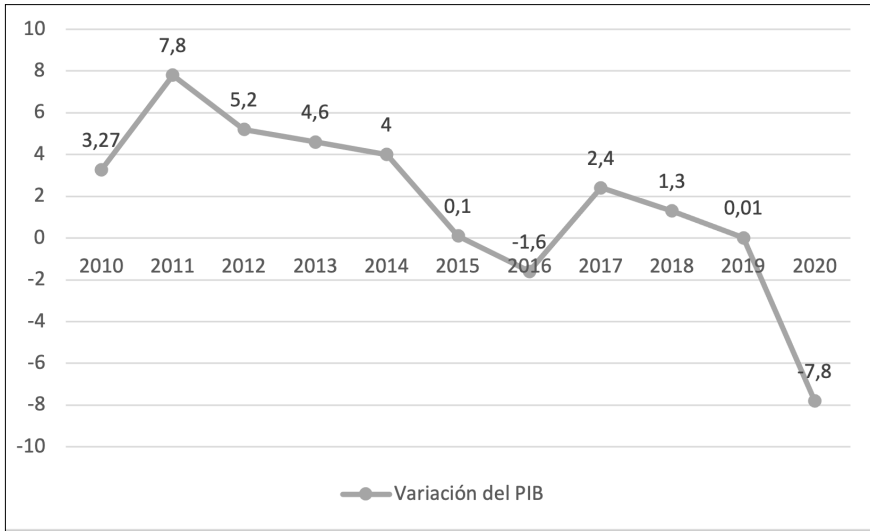
Hecha esta revisión de los factores que podrían haber incidido en el desenlace de abril de 2021, procederemos a cerrar este artículo con algunas breves reflexiones sobre el escenario post-electoral que se abre en el futuro próximo considerando las circunstancias en que asumirá el nuevo gobierno de Guillermo Lasso y la composición de fuerzas políticas resultantes de las elecciones generales de febrero y abril.

Desafíos del gobierno de Lasso

El contexto en el que Guillermo Lasso asumió la Presidencia del Ecuador ha sido particularmente complejo y difícil, tanto en lo económico, como en lo político y social. Estas dificultades habrían afectado por igual a cualquiera de los candidatos, en caso de haber triunfado en la elección de abril. Los problemas pendientes de resolución se combinan y se potencian de manera tal que han creado condiciones que podrían llevar, bajo determinadas circunstancias, de nuevo a una inestabilidad del sistema político.

En materia económica, el país había experimentado ya débil crecimiento en los últimos años (gráfico 3), pero los efectos de las medidas con las que se intentó mitigar la pandemia del COVID-19 condujeron a un serio agravamiento de la situación. En 2020 la economía habría decrecido en alrededor de un 8% y el desempleo se ha disparado; el fisco ecuatoriano tenía un serio déficit y problemas casi insuperables de financiamiento, aún sin los gastos no programados para enfrentar la pandemia y la reducción dramática de las recaudaciones tributarias, por efecto de la contracción económica. Producto de estas precarias condiciones económicas y en búsqueda de reducir el gasto público, el gobierno intentó eliminar subsidios a los combustibles lo que produjo una crisis político-social liderada por agrupaciones indígenas, que estuvo a punto de deponer al presidente en octubre de 2019 (Altmann, 2020; Olivares L. & Medina P., 2020).

Gráfico 3
Variación del Producto Interno Bruto de Ecuador



Fuente: Elaboración propia con datos de (Banco Central del Ecuador (BCE), 2021)

El panorama se complejiza aún más para el presidente entrante a causa de sus osadas promesas en las fases finales de la campaña, que incluían un calendario de vacunaciones extremadamente ambicioso, un aumento del sueldo básico en momentos que la economía y las empresas se hallan enfrentando una profunda recesión sin precedentes y la de no subir impuestos, a pesar de que una reforma tributaria es una de las condiciones impuestas por el FMI para proseguir con los desembolsos de ayudas para la muy necesitada caja fiscal.

Para poder llevar adelante estas medidas y otros aspectos de su programa de Gobierno, el nuevo mandatario deberá contar con apoyo político, tanto en la sociedad como en la Asamblea Nacional. En ambos ámbitos se enfrenta a serios peligros y limitaciones. Resumamos, en primer, término el panorama visto desde la sociedad.

El nuevo Presidente debe enfrentar un panorama social plagado de incertidumbres. Si bien es cierto que la pandemia COVID-19 es un serio freno a la movilización y las protestas, no hay razones para negar la posibilidad de que, si las medidas sanitarias se mantienen o agravan en un futuro cercano, la “fatiga” de la población con una forma de vida ruinosa en lo económico y agobiante en lo psicológico no termine por sobreponerse al miedo hacia la represión y el terror ante el contagio y sus consecuencias. Esto ya ha ocurrido en otros países (incluida la vecina Colombia), si a esto se agregan medidas impopulares (“neo liberales”), no es imposible pensar es un desate de los nudos que hasta ahora han mantenido a la protesta social encadenada.

Asimismo, el movimiento indígena y otros movimientos sociales, gremiales y sindicales, emergen de los años recientes con una sensación de poder y fortaleza muy aumentada. Se trata del efecto combinado de lo que se percibe como el triunfo de las movilizaciones de octubre de 2019 y el importante e inédito resultado obtenido en las urnas en febrero de 2021. Cualquier movilización impulsada desde este sector (o sectores) contará con un poderoso respaldo desde la legislatura y desde el sistema político, y con un espacio de legitimidad repotenciado, que no poseía al menos desde el año 2000 cuando el movimiento indígena fue actor central en el derrocamiento del ex Presidente Yamil Mahuad. Un movimientismo social, anclado en un potente movimiento indígena puede convertirse en un actor con poder de veto (Tsebelis, 1995), e incluso de inestabilidad en y desde las calles, pero ahora, con fuertes anclajes institucionales dentro del mismo aparato del Estado. No debe olvidarse tampoco que ya en 2017 Pachakutik y sus aliados habían conquistado importantes y numerosos gobiernos locales, sobre todo en la Sierra y en la Amazonía (5 de 24 prefecturas y 23 de 221 alcaldías (Consejo Nacional Electoral del Ecuador (CNE), 2019).

La elección de Leónidas Iza como Presidente de la Confederación de Nacionalidades y Pueblos Indígenas del Ecuador (CONAIE), solo hace aún más ominoso el panorama. Iza fue uno de los dirigentes más radicales de las protestas de octubre de 2019. Pertenece a la que se ha dado en llamar el ala “Mariateguista” del movimiento indígena y ha iniciado su gestión planteando perentorias exigencias al Ejecutivo, entre las cuales se halla la derogación de todos los decretos del anterior gobierno que permitían flexibilizar los precios de los combustibles, repudiar los acuerdos con el FMI e indultar a todos los procesados por los actos de violencia acaecidos en las mencionadas protestas. Estas demandas son tremendamente difíciles de cumplir por parte del gobierno de Lasso dadas las condiciones de la economía nacional y el que ceder en ellas podría motivar al mismo movimiento indígena u otras organizaciones a aumentar sus exigencias indefinidamente. Su elección parece ser un síntoma de una radicalización de las organizaciones indígenas en el Ecuador —o al menos de una parte de ella— y del ascenso de posturas maximalistas en su seno.

Sin embargo, este cuadro encuentra un cierto contrapeso en el renacimiento del clivaje Sierra/Costa. En esta última región del país, en cambio, el movimientismo social y el indigenismo no han logrado penetración. Por un lado, la base demográfica potencial del movimiento indígena es sumamente reducida en esta zona y los esfuerzos por generar identidades y política de identidades étnicas en las provincias de la costa del Pacífico no han tenido gran éxito hasta el presente. La potencia del sistema cacical y del clientelismo patronal se mantiene más o menos intacta. Incluso la *Revolución Ciudadana*, más que socavar esta realidad, lo que hizo fue parasitarla y usarla para sus propios fines. El poder del PSC, si bien se ha visto cada vez más circunscrito a la ciudad de Guayaquil, aún tiene muchas cartas por jugar, y la burguesía de esa ciudad aún cuenta con poderosos recursos simbólicos, materiales

y políticos para seguir sosteniendo su sistema de poder patricio en esa ciudad del Ecuador.

De esta forma, un acierto cada vez mayor de los movimientos sociales de base, con el indígena a la cabeza, topará con los límites de la potencia del sistema político y de un tejido social costeño muy diferente y con una lógica de funcionamiento muy disímil y antagónica con el de la Sierra Andina. Ya se vio en 2019 la dureza con que todo intento de la CONAIE por llevar su levantamiento a la Costa fue reprimido y la poca convocatoria que tuvo en esa parte del país. Es posible que, si el indigenismo juega sus cartas con excesiva *hubris*, esto redunde en un agudizamiento de la polarización política entre la Costa y la Sierra.

Cabe preguntarse, sin embargo, qué ocurrirá con la penetración del correísmo en la costa. La hegemonía electoral (al menos circunstancial) de este sector, es tan potente como la del anti-correísmo en la Sierra. Pero, por otra parte, esta fuerza depende en gran medida de alineamiento de los poderes fácticos cacicales. El voto cautivo que estos manejan no es ideológico sino instrumental. La fuerza política y social de los “capos” costeños depende de su capacidad para hacer fluir prestaciones y prebendas hacia sus seguidores y electores, y ello depende de su acceso al presupuesto y oficios del estado (nacional y local). La fuerza de los caciques se extingue si esa *cañería* se estrangula o se seca. Mejor aún, si esas dádivas pueden venir de otro lado (un nuevo caudillo a nivel nacional), los jefes electorales locales no tienen ningún inconveniente en cambiar de bando y rehacer sus arreglos con la fuente de la prosperidad alternativa.

La historia electoral en la Costa ecuatoriana está marcada por la migración continua de estos jefes electorales desde un caudillo a otro según la capacidad instrumental de los sucesivos líderes nacionales o provinciales para garantizar las prestaciones necesarias para mantener las máquinas electorales (Menéndez-Carrión, 1986).

Queda abierta la pregunta de si el correísmo fuera del poder o sin una perspectiva de corto plazo de hacerse con él podrá mantener la lealtad de seguidores que en 2021 hicieron una apuesta que no alcanzó a triunfar: ¿A dónde volverá su mirada el sistema cacical, hora que saben que Correa –por el momento– no puede ser la cornucopia de su ventura política? Una posibilidad es que la enorme bancada de UNES en la Legislatura opere como máquina de chantaje perpetuo, y extorsione al gobierno de CREO concesión tras concesión, de modo que permita mantener aceitadas tanto las alianzas como las máquinas electorales de la Costa. Este estilo de gobernar sin gobernar ha sido usado por décadas por el PSC para mantener funcionando sus sistemas de poder local en Guayas y otras provincias.

No es inconcebible que UNES intente algo análogo en el futuro inmediato. De hecho, ello estuvo a punto de ocurrir a pocos días del inicio de la Administración Lasso. Si bien este intento fue abortado por una gran presión política del anti-correísmo y de los medios de comunicación, el solo hecho que haya estado a

punto de cuajar, hace imposible excluir que, bajo otras circunstancias, no vuelva a intentarse. UNES buscaría así resolver dos asuntos prioritarios para su líder, el ex presidente Correa: la resolución de su situación judicial y las de sus seguidores sobre quienes pesan procesos penales, y la mantención de sus bases políticas y electorales en el mediano y largo plazo.

A cambio de “vivir y dejar vivir”, el correísmo esperaría el desgaste de la gestión Lasso (que enfrenta enormes desafíos, de difícil solución), para intentar capitalizar el descontento resultante y reintentar un triunfo electoral en 2025. Más aún, si este desgaste se precipitara a ritmo acelerado, no podría descartarse que UNES intentara articularse con las facciones más radicales del movimiento indígena y de los movimientos sociales, para intentar un retorno anticipado del líder o de las condiciones que permitiesen impedir la consolidación de un gobierno de derecha. En esto podría incluso tener un apoyo más o menos solapado del Social Cristianismo, para el cual no es en ningún caso atractiva la perspectiva de un gobierno de derecha exitoso y que no lo incluya. En este sentido, las contradicciones del social cristianismo con la *Revolución Ciudadana*, si bien son ideológicamente más extremas, desde el punto de vista del territorio político y de los intereses electorales resultan menores que los que este partido mantiene con CREO u otros potenciales grupos o liderazgos de la derecha guayaquileña. Le ha resultado más fácil al PSC convivir con Correa, quien no le ha arrebatado sus bases y bastiones electorales y le permite sostenerse en ellos, que con el actual Presidente que podría desplazarlo de la hegemonía que ha sustentado por largas décadas en el espectro político pro-empresarial guayaquileño.

Dicho esto, es necesario observar con atención la configuración de fuerzas en el parlamento teniendo en cuenta que, en un sistema presidencialista como el ecuatoriano, el poder del Presidente depende de su fuerza parlamentaria mucho más de lo que generalmente se cree. Si el Presidente goza de mayoría tiene grandes atribuciones, pero si ello no ocurre, se ve seriamente limitado en su capacidad para llevar adelante su agenda e incluso para sostenerse en el poder (Basabe-Serrano, 2017; Pérez Liñán, 2007; Pérez-Liñán, 2008; Pérez-Liñán & Polga-Hecimovich, 2017). Como en un sistema multipartidista fragmentado, es excepcional que el Ejecutivo cuente con mayoría (o que pueda sostenerla en el tiempo), lo más frecuente es que el Primer Mandatario sea muy débil políticamente. La situación que se vivió en el período 2009-2017, fue a todas luces atípica y excepcional. Se ha demostrado (Curvale & Pérez, 2018) que un Primer Ministro de un sistema tipo Westminster, tiene más capacidad para imponer su agenda que un Presidente latinoamericano, incluso cuando este tiene considerable (pero no mayoritario) respaldo parlamentario. En ausencia de mayoría, los presuntos omnímodos poderes del presidente se ven seriamente limitados. En el caso de Ecuador y otros países, su propia estabilidad en el cargo se halla siempre bajo seria amenaza.

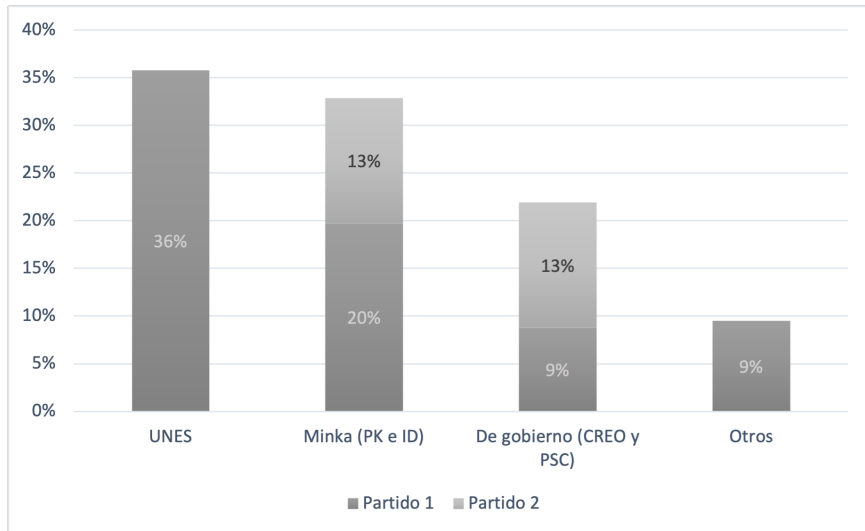
El Presidente Lasso se halla –en este aspecto– en una situación muy delicada. Su partido CREO solo obtuvo 12 de las 137 curules en la Asamblea Nacional ecuatoriana. Si sumamos los 18 obtenidos por su circunstancial aliado, el PSC, la derecha en su conjunto no tiene sino 30 escaños, cuando para tener mayoría se necesitan 70.

La amenaza de que el PSC regrese a sus prácticas pre correísmo de chantaje para la formación de *coaliciones fantasma* (Mejía Acosta, 2006; Mejía Acosta & Polga-Hecimovich, 2011) no es descartable. De hecho, su líder Jaime Nebot mantuvo por años una lucha cerrada por el liderazgo político en Guayaquil con Guillermo Lasso. La alianza electoral de 2021 podría no ser sino una tregua ante la necesidad de impedir una vuelta al poder de Rafael Correa. Pero, una vez logrado este mínimo propósito, las luchas territoriales de la política guayaquileña podrían volver a tomar importancia.

Ni siquiera el partido de Lasso es totalmente seguro. En la legislatura de 2017–2021, CREO estuvo minado por las deserciones y la indisciplina, lo que limitó su eficacia política a pesar de ser la segunda fuerza parlamentaria en ese período. Las tensiones y los desgastes del poder podrían agravar estas tendencias centrífugas al correr de la gestión y de los inevitables costos de la gobernabilidad. Es curioso el hecho que, como fuerza de presunta oposición, entre 2017–2021 CREO tuvo mucha más fuerza política para imponer sus preferencias que como partido de Gobierno en la actualidad.

Conseguir mayorías para sus planes le será un ejercicio extremadamente difícil al nuevo Presidente. Deberá, por fuerza, entregarse en manos de mayorías *móviles* y circunstanciales o de *coaliciones fantasma*, las que cobrarán muy caro su frágil apoyo (Mejía Acosta, 2006; Mejía Acosta & Polga-Hecimovich, 2011).

Gráfico 4
Fuerzas políticas electas al parlamento ecuatoriano en 2021



Fuente: Elaboración propia con datos de Consejo Nacional Electoral del Ecuador CNE, 2021

Al frente tendrá al correísmo con 49 legisladores, lo que lo convierte en la primera fuerza legislativa. Por su parte Pachakutik y la Izquierda Democrática han firmado un acuerdo para formar un bloque “progresista” que tendrá 45 legisladores. Otras fuerzas menores, locales o “independientes” alcanzan unas 13 curules, pero las negociaciones para obtener su deleznable colaboración, tienen asociado un alto costo de transacción, puesto que cada uno de esos votos deberá ser materia de una negociación por separado cuyo “precio” variará en función de la necesidad que las circunstancias impongan.

Una vez fracasado el intento de generar una coalición con el social cristianismo y con el correísmo, el único lugar a donde Lasso podría dirigirse a fin de obtener el necesario apoyo para gobernar, será, precisamente este bloque ID-Pachakutik. La dirigencia indígena se ha mostrado absolutamente consciente de su nuevo poder y de ser el fiel de la balanza. Esto ha significado que sus dirigentes hayan al inicio al menos- exigido la Presidencia de la Asamblea. De alguna forma, están exigiendo no solo co-gobernar, sino que el Presidente Lasso se someta a sus directivas. En ello no hacen sino seguir las prácticas del maximalismo negociador que son el *sensus communis* de la praxis política en el Ecuador: exprimir las circunstanciales situaciones de poder hasta el máximo posible. Probablemente esta lógica se debe a la incertidumbre del futuro y la posibilidad siempre presente de que la fuerza del momento sea efímera y pasajera: es necesario obtener el máximo posible ahora que se puede, porque el futuro es muy incierto.

La línea política a seguir por la UNES (Unión por la Esperanza) del ex Presidente Rafael Correa, será, sin duda, una variable muy importante en el desarrollo de la Administración Lasso. Y esta línea está –en buena medida– condicionada por las prioridades y actitudes de su líder máximo (por el momento no parece probable que liderazgos alternativos surjan en su interior, capaces de desafiar su autoridad sobre la colectividad).

Como se ve, la política ecuatoriana de los meses y años venideros será de una enorme complejidad. La estabilidad del nuevo gobierno no está asegurada y dependerá, en gran medida, de su capacidad para navegar las procelosas aguas de la *virtu* maquiavélica y de la eficacia ejecutiva. Peor aún si cae en la ilusión de tratar de gobernar con un equipo “empresarial”, encandilado por la ilusión recurrente de los gobernantes salidos de ese sector, de que la eficiencia y la eficacia en el sector privado garantizan algo análogo en el manejo político y en la administración pública.

Conclusiones

En este artículo hemos descrito las circunstancias en las que el presidente Lasso llega a la primera magistratura del Ecuador. Hemos tratado de dar cuenta de los clivajes que podrían estar detrás de las votaciones de 2021 y el alineamiento de fuerzas políticas que hay detrás de ellos. Evidentemente, queda mucho en la agenda de investigación sobre este tema en la era post correísta de la política ecuatoriana, por lo que nuestra propuesta solo pretende ser la de proponer hipótesis a comprobar con estudios ulteriores.

En materia de coyuntura política, aunque nuestro trabajo solo ha tocado superficialmente la dinámica del movimiento indígena y su relación con el escenario electoral y legislativo, un estudio de mayor profundidad, tanto desde la perspectiva de movimientos sociales como de partidos provenientes de poblaciones indígenas, aportaría no solo a comprender la coyuntura actual de lo que ocurre en Ecuador, sino que se acumularía sobre trabajos que ya han estudiado este tema como por ejemplo los de Van Cott (2005) y Collins (2006).

Los desafíos que enfrenta el gobierno de Lasso, si bien muchos son reedición de escenarios ya conocidos en décadas pasadas en la política ecuatoriana, sin duda aportan nuevos matices en un escenario social distinto al del final de los años 90 y al de la primera década del siglo actual. Si bien encontramos al Ecuador nuevamente con un sistema de partidos fraccionado, con una bancada de gobierno minoritaria, con clivajes regionales recurrentes y la necesidad de acudir a la ayuda del FMI para sostener su economía, del otro lado tenemos el clivaje correísmo y anti-correísmo que no está completamente subsumido en el ideológico, con un movimiento indígena más complejo y una arquitectura institucional distinta que aporta mecanismos como la *muerte cruzada* que, si bien es una amenaza formal creíble con la que cuenta el Ejecutivo frente al Legislativo para forzar su agenda legislativa bajo la amenaza de

cerrar el parlamento, en la coyuntura electoral con la que el presidente Lasso llegó al poder, y la obligación de someterse él mismo a elecciones en caso de recurrir a este mecanismo, pierde fuerza dado que no tiene garantías de permanecer en el cargo una vez disparada esta estrategia de última instancia. Por todo esto y como ya se señaló, queda mucho aún por estudiar y observar en el cuatrienio que Guillermo Lasso ha comenzado el 24 de mayo de 2021.

Referencias

- Altmann, P. (2020). Eleven days in October 2019 – the indigenous movement in the recent mobilizations in Ecuador. *International Journal of Sociology*, 50(3), 220–226. <https://doi.org/10.1080/00207659.2020.1752498>
- Banco Central del Ecuador (BCE) (2021). *La Pandemia Incidió en el Crecimiento 2020: La Economía Ecuatoriana Decreció 7,8%*. Banco Central del Ecuador (BCE). <https://www.bce.fin.ec/index.php/boletines-de-prensa-archivo/item/1421-la-pandemia-incidio-en-el-crecimiento-2020-la-economia-ecuatoriana-decrecio-7-8>
- Basabe-Serrano, S. (2017). Las distintas caras del presidencialismo: Debate conceptual y evidencia empírica en dieciocho países de América Latina. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 157, 3–22. <https://doi.org/10.5477/cis/reis.157.3>
- Basabe-Serrano, S. & Martínez, J. (2014). Ecuador: Cada vez menos democracia, cada vez más autoritarismo... con elecciones. *Revista de ciencia política (Santiago)*, 34(1), 145–170. <https://doi.org/10.4067/S0718-090X2014000100007>
- Collins, J. N. (2006). *Democratizing formal politics: Indigenous and social movement political parties in Ecuador and Bolivia, 1978-2000* [University of California, San Diego]. <https://escholarship.org/uc/item/8hz1j6gx>
- Conaghan, C. M. (1996). Politicians Against Parties: Discord and Disconnection in Ecuador's Party System. En S. Mainwaring & T. Scully (Eds.), *Building democratic institutions: Party systems in Latin America*. Stanford Univ. Press.
- Consejo Nacional Electoral del Ecuador (CNE) (2019). *Elecciones Seccionales 2019*. <http://portal.cne.gob.ec/es/procesos-electorales/elecciones-seccionales-2019>
- Consejo Nacional Electoral del Ecuador (CNE) (2021). *Elecciones Generales 2021*. <https://cne.gob.ec/>
- Eaton, K. (2011). Conservative Autonomy Movements: Territorial Dimensions of Ideological Conflict in Bolivia and Ecuador. *Comparative Politics*, 43(3), 291–310.

- Freidenberg, F. (2004). Fracturas sociales, competencia política y sistemas de partidos en Ecuador: La traducción política de un cleavage étnico. En S. Martí i Puig & J. M. Sanahuja (Eds.), *Etnicidad, autonomía y gobernabilidad en América Latina* (1a. ed). Ediciones Universidad de Salamanca.
- Freidenberg, F. (2011). Ecuador 2009: Las elecciones que consolidaron el cambio del sistema de partidos. En M. L. Tagina & M. Alcántara Sáez (Eds.), *América Latina: Política y elecciones del bicentenario (2009-2010)* (pp. 63-100). Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Freidenberg, F. & Alcántara Sáez, M. (2009). Cuestión regional y política en Ecuador: Partidos de vocación nacional y apoyo regional. *América Latina Hoy*, 27. <https://doi.org/10.14201/alh.2747>
- Freidenberg, F. & Pachano, S. (2016). *El sistema político ecuatoriano*. FLACSO Ecuador.
- Levitsky, S. & Way, L.A. (2010). *Competitive Authoritarianism: Hybrid Regimes After the Cold War*. Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511781353>
- Lipset, S. M. & Rokkan, S. (1967). Cleavage Structures, Party Systems and Voter Alignments: An Introduction. En S. M. Lipset & S. Rokkan (Eds.), *Party Systems and Voter Alignments*.
- Mainwaring, S. & Torcal, M. (2009). La institucionalización de los sistemas de partidos y la teoría del sistema partidista después de la tercera ola democratizadora. *América Latina Hoy*, 41. <https://doi.org/10.14201/alh.2442>
- Martz, J. D. (1980). The Regionalist Expression of Populism: Guayaquil and the CFP, 1948-1960. *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 22(3), 289-314. <https://doi.org/10.2307/165491>
- Mejía Acosta, A. (2006). Crafting Legislative Ghost Coalitions in Ecuador. Informal Institutions and Economic Reform in an Unlikely Case. En *Informal institutions and democracy: Lessons from Latin America* (Digital-Kindle). Johns Hopkins University Press.
- Mejía Acosta, A. & Polga-Hecimovich, J. (2011). Coalition Erosion and Presidential Instability in Ecuador. *Latin American Politics and Society*, 53(2), 87-111. <https://doi.org/10.1111/j.1548-2456.2011.00118.x>
- Menéndez-Carrión, A. (1986). *La conquista del voto en el Ecuador: De Velasco a Roldós* (Vol. 9). Corporación Editora Nacional.
- Montúfar Mancheno, C. (2015). *¿Vivimos en democracia? Aproximación conceptual al régimen político ecuatoriano 2007-2015* [Investigación]. Universidad Andina Simón Bolívar. <https://repositorio.uasb.edu.ec/bitstream/10644/4707/1/PI-2015-31-Montufar-Vivimos%20en.pdf>

- Olivares L., A. & Medina P., P. (2020). La persistente debilidad institucional de Ecuador: Protestas, elecciones y divisiones políticas durante el 2019. *Revista de ciencia política*, 40(2), 315-349. <https://doi.org/10.4067/S0718-090X2020005000110>
- Pachano, S. (2004). El territorio de los partidos. Ecuador, 1979-2002. En *Partidos políticos en la región Andina: Entre la crisis y el cambio*. International IDEA. http://www.idea.int/publications/upload/pp_andean.pdf
- Pachano, S. (2006). Ecuador: Fragmentation and Regionalization of Representation. En S. Mainwaring, A. M. Bejarano & E. Pizarro Leongómez (Eds.), *The crisis of democratic representation in the Andes*. Stanford University Press.
- Pachano, S. (2007). El rey ha muerto, viva el rey. La renovación del sistema de partidos de Ecuador. En S. Romero Ballivián, Y. Basset, Bolivia & Bolivia (Eds.), *Atlas electoral latinoamericano* (1. ed). Corte Nacional Electoral, República de Bolivia.
- Pachano, S. (2018). Ecuador: Fin de ciclo y elecciones. En M. Alcántara Sáez, D. Buquet & M. L. Tagina (Eds.), *Elecciones y partidos en América Latina en el cambio de ciclo* (Primera edición, pp. 187-202). Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Pachano, S. & García, S. (2015). Ecuador: Un régimen híbrido. *Revista Latinoamericana de Política Comparada*, 10, 123-148.
- Pérez Liñán, A. (2007). *Presidential impeachment and the new political instability in Latin America*. Cambridge University Press.
- Pérez-Liñán, A. (2008). Instituciones, coaliciones callejeras e inestabilidad política: Perspectivas teóricas sobre las crisis presidenciales. *América Latina Hoy*, 49. <https://doi.org/10.14201/alh.1352>
- Pérez-Liñán, A. & Polga-Hecimovich, J. (2017). Explaining military coups and impeachments in Latin America. *Democratization*, 24(5), 839-858. <https://doi.org/10.1080/13510347.2016.1251905>
- Polga-Hecimovich, J. (2014). Overcoming the Regional Cleavage? Political Party Nationalization in Ecuador since the Return to Democracy. *América Latina Hoy*, 67, 91-118. <https://doi.org/10.14201/alh20146791118>
- Roberts, K. M. (2002). Social inequalities without class cleavages in Latin America's neoliberal era. *Studies in Comparative International Development*, 36(4), 3-33. <https://doi.org/10.1007/BF02686331>
- Tsebelis, G. (1995). Decision Making in Political Systems: Veto Players in Presidentialism, Parliamentarism, Multicameralism and Multipartyism. *British Journal of Political Science*, 25(3), 289-325.

Van Cott, D. L. (2005). *From Movements to Parties in Latin America: The Evolution of Ethnic Politics* (1.ª ed.). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511756115>

Viteri, R. (2021, abril 15). El triunfo de Lasso: De dónde vinieron sus votos en la segunda vuelta. *GK City*. <https://gk.city/2021/04/15/votos-segunda-vuelta-ecuador-transferencia-yaku-hervas/>

Zakaria, F. (1997). The Rise of Illiberal Democracy. *Foreign Affairs*, 76(6), 22. <https://doi.org/10.2307/20048274>

Enviado: 03 de mayo de 2021

Aceptado: 05 de noviembre de 2021

